

Humillaciones

CUENTOS



Marcelo Mellado

ARCHIVO ESCOLAR

Tomamos la costumbre de ir al cine como un modo de distraernos. Antes nunca fuimos con esa motivación recreativa porque creíamos que era un arte, el séptimo, como lo consideraba en ese entonces el sentido común cultural, pero hasta hacía poco nos servía como complemento de nuestra formación política. Era tan barato que parecía subvencionado para mitigar la sensación de horror, íbamos varias veces a la semana de esos meses de octubre y noviembre. Los acontecimientos del momento eran una catástrofe que enfrentábamos evasivamente, cuestión inútil o, al menos paradójal, por la visibilidad invasora de los hechos. Entonces no lo sentíamos así, más bien creíamos que se trataba de una circunstancia de reflujó del movimiento popular, eso nos decíamos (o nos decían algunos). Tratábamos de ser políticamente conscientes, pero en la práctica estábamos angustiados.

Se venía el verano y mi amigo Marcos comenzó a llenar la pequeña piscina de la casa en la que nos refugiamos después del golpe. Digo refugiamos como un modo de expresar la angustia compartida. En realidad, nos encuevamos en la enorme casa de su madre, moderna y medio derruida, a los pies del cerro Calán. No recuerdo bien si su madre estaba de viaje o simplemente permanecía en su dormitorio del segundo piso, algo deprimida, pero no por el pronunciamiento militar como le decía la derecha, sino porque tenía una irremediable tendencia depresiva, igual que todas nuestras madres.

Ocupábamos el primer piso, que se convirtió en nuestro territorio exclusivo. Ese año terminábamos el colegio, no teníamos ganas de pensar en el futuro y el presente se sentía muy encima; el pasado, por otra parte, lo dejábamos detenido en nuestros pensamientos difusos. Otra de las aficiones que adquirimos fue la de leer novelas clásicas –habíamos llegado a la conclusión de que debíamos volver a los clásicos, porque las novedades literarias no tenían lugar–; clásicos de la aventura y de la iniciación adolescente, onda Julio Verne, Emilio Salgari y Jack London. Pero la afición cardinal que nos mantuvo la salud y la higiene mental fue recuperar un juguete antiguo de nuestro compañero y amigo, de su época de niño rico. Revisando un viejo closet nos topamos con un tren Marklin a escala, con todas sus piezas, pero que no funcionaba. De ahí nos impusimos la tarea de arreglarlo y nos obsesionamos con ese trabajo que nos consumió un par de días. La motricidad fina de Gonzalo y Marcos, y de un primo de este último, más la disposición y paciencia del grupo, dieron sus frutos.

Cuando lo vimos funcionar nos dimos cuenta de que por su magnitud necesitaba otro soporte de exhibición y montamos en el living un gran mesón en donde instalamos la línea férrea y todos los elementos de un decorado paisajístico que se fue sofisticando con el paso de las semanas. Comenzamos a diseñar y construir elementos para que el juego tuviera un mayor peso histórico político.

Cuando nos agotábamos o aburríamos partíamos al cine, generalmente al atardecer. La cartelera no era mala, más de alguna vez nos topamos con algo que luego se llamó cine arte, que son películas con las cuales el público general se aburre. Vimos en la Biblioteca Nacional un ciclo de Fellini y otro de Buñuel. Como que la vida cultural del gobierno popular se mantuvo por un rato, porque la dictadura aún

no la distinguía como peligrosa. Todo eso era raro y duró muy poco tiempo, un año, por lo que recuerdo. Nos interesaba ir al centro, porque había más oferta y podíamos ver y sentir el pulso ciudadano, si se le podía llamar así. La gente se hacía la desentendida de lo que pasaba y trataba de hacer una vida normal, cuestión a todas luces muy difícil. Eso de alguna manera nos mantenía alertas e inquietos. También teníamos miedo, pero no hablábamos de eso. Escribíamos poemas y cuentos, pero sin mucha convicción, porque sentíamos la presión ambiental, que por un lado se dirigía a los estudios, que debía ser lo único importante de nuestra existencia, según la prédica oficial y de nuestros padres, y por otro, a no cometer ninguna imprudencia política, que en ese contexto podía ser fatal.

Una de esas tardes, de pura casualidad, nos topamos en el cine Metro, que creo que se ubicaba en calle Bandera, con una película de Bertolucci, *El conformista*, basada en una novela de Alberto Moravia que tenía el nombre invertido: *El inconformista*. Se trataba de un agente fascista que debía asesinar a su antiguo profesor de filosofía, un antifascista muy activo, exiliado en París desde poco antes de la guerra. La historia del personaje nos tocó en lo más profundo. Literalmente salimos arrastrándonos del cine. Fue tal el impacto que parte de nuestra entretención en los días posteriores consistió en actuar algunas de sus escenas más escabrosas. El protagonista se llamaba Marcello (pronunciado a la italiana), y Gonzalo solía representar la última escena en que este personaje, cuando el régimen fascista cae y sus agentes están a la deriva, acusa a unos de sus cómplices, paradójicamente un ciego, gritando a modo de denuncia “Italo Montanari es fascista”, y el ciego asustado le preguntaba a tropezones “Marcello, ¿qué pasa?”. Y terminábamos cagados de la risa. La otra escena que le

gustaba representar a Marcos era cuando el protagonista, mientras viaja en tren a París con su esposa, aprovechando una curva que hace el tren y que produce un ruido ensordecedor, le grita “mediocre”, y ella cree que él le está diciendo “te amo”, y le responde “yo también te amo, querido”.

Sentíamos que esa atmósfera la estábamos viviendo nosotros en ese preciso instante. En ese contexto existencialista, tanto Marcos como Gonzalo no pudieron dejar de estudiar filosofía, yo me dediqué a la pedagogía en historia, pero los tres fuimos profesores, asumiendo el temor de ser asesinados por un alumno facho, como en la película.

Mientras tanto el tren Marklin seguía su trayecto por montañas y praderas, entrando a ciudades sitiadas o en proceso de liberación, transportando tropas o agentes secretos o saboteadores que debían bajar en una estación clave y entregar información fundamental para el proceso de liberación nacional. El agente amarillo debía lanzarse poco antes del puente Zeta desde el tren en marcha, aprovechando la disminución de la velocidad en una zona en que debía comenzar a ascender. Era, sin duda, el gran tren de la Historia que avanza imparabile con su lógica progresiva por esas líneas paralelas, quizás deteniéndose en algún ramal incierto, pero propositivo a la hora de armar algún desvío. Gonzalo propuso decorar una zona desértica que incluyera faenas mineras y algo de costa; también el establecimiento de áreas boscosas, más al sur; luego un área mediterránea, además de un lugar arbustivo, más bien cargado a los matorrales y otro que se suele llamar bosque valdiviano, húmedo y mucho más frío. Más allá había archipiélagos, fiordos, islas, canales y témpanos de hielo.

No había felicidad en todo ello, había afirmatividad del deseo de generar obra y contenido histórico. Había cartón piedra, tachuelas, carpintería fina, cholguán, palitos de he-

lado, fósforos que unían pilares o formaban parte de la flora silvestre que crecía al costado de la línea. Terminábamos las clases y los profesores, creo, se apiadaron de nosotros y nos dejaron terminar el año con muy pocas exigencias. Los que éramos de izquierda fuimos regaloneados como víctimas, algunos cayeron presos, lo que tornó la cosa más dramática, pero no trágica. A nosotros no nos pasó nada, aunque yo debí quedarme en casa de parientes por unas informaciones que me llegaron del Estadio Nacional. Con todo, el fin de año lo pasamos en casa de Marcos.

No sé si lo del tren era el paso terapéutico que debíamos dar, que iba de la utopía a la ficción, o del sueño colectivo a la imaginación individual. Pero había que intentar una salvación posible. Nos persiguió un tiempo, quizás aún nos persigue, la culpa de no haber tomado las armas. Pero ¿cuáles? Era irracional. Éramos pendejos. Si bien nos dábamos cuenta de la falta de sustentabilidad política del proceso, nos faltaba el instrumental teórico para exponerlo o argumentarlo. Por eso lo del tren era una maqueta de esa necesidad. Con el tiempo pudimos jugar a ser más felices, a pesar del período que enfrentábamos.

Las escenas de esa película nos persiguieron siempre. El rostro de Dominique Sanda fue para nosotros, creo, fundamental para construir la imagen del objeto deseoso, muy a distancia del modelo gringo tipo Raquel Welch. La actriz francesa era la esposa del profesor que debía asesinar Jean Louis Trintignant, quien hacía de agente facho. Creo que ella en la película era profesora de ballet. Y por lo que recuerdo, la esposa del protagonista era Stefania Sandrelli, aunque no estoy muy seguro. Nunca estoy seguro de nada.

Siempre me ha parecido que la estrategia miniaturizadora es el mejor análisis de la realidad; es decir, reducir el tamaño de lo que se quiere estudiar. Por eso el ferro-

modelismo aplicado al modelismo militar y político venía de perilla. Nuestra intuición histórica y nuestra regresión posibilitó esta metáfora analítica: el tren Marklin determinó una relectura administrativa territorial, que incluía la revisión de mitos histórico revolucionarios y la evidencia, o parte de ella, de los errores tácticos y estratégicos del proceso. El momento más fascinante de una película de guerra no es el tiroteo o cuando explota un tanque o la toma de una aldea por un batallón, sino cuando los generales revisan el estado de las cosas en un gran mesón que soporta la maqueta de las operaciones.

Marcos había encontrado unos soldaditos de plástico de la segunda guerra en el mismo enorme closet en que había aparecido el tren. También había un jeep y unos carros blindados que fueron muy útiles para reproducir algunas escenas del reflujó del movimiento popular o de la ofensiva burguesa de la que los soldados eran su brazo armado. Para la resistencia popular nos conseguimos unos campesinos de un juego de Lego que reproducía una granja. Gonzalo colaboró con unos campesinos de porcelana que transformamos en obreros fabriles y de la construcción.

Por otra parte, ese verano fue particularmente jugado a nivel vacacional. Necesitábamos balneario, playa y algún amor adolescente. Cada cual se fue por su lado (lo decidimos en una reunión que también marcaba una disolución táctica). Yo me fui con mi padre al balneario de Algarrobo, mis viejos se habían separado un par de años atrás y mi papá había armado su propia familia. Desde entonces yo vivía en un estado de chipe libre, nadie controlaba mi rendimiento escolar ni mi conducta, pero con el golpe mis viejos se preocuparon más de lo que pasaba conmigo, sobre todo por mi compromiso político. Por eso mi padre me llevó un par de semanas a veranear con su nueva familia. Mis amigos se dispersaron entre el norte y el

sur. Además, habíamos decidido sumergirnos en las prácticas adolescentarias clásicas, incluida la iniciación sexual.

Se supone que correspondía a una estrategia de sumergimiento; había que recuperar fuerzas. Eso de algún modo fue reproducido en el recorrido del tren con un vagón de la juventud y un balneario para la formación de cuadros revolucionarios. No podíamos renegar de nuestra condición de clase, aunque nuestra posición de clase fuera otra, de acuerdo a lo que habíamos leído en algún manual incierto.

Gonzalo partió a veranear cerca de La Serena. Tomando como paradigma un verso de Neruda, optó por una morena gruesa y proleta que lo mantuvo ocupado harto rato. Marcos, más imbuido por la cosa mística, se involucró con una hippie y se fue a mochilear al sur, viaje que también se extendió mucho más allá del verano. Yo, más conservador y retraído, entré en complicidad con una chica de clase alta, pero abajista, que pertenecía a una familia disfuncional de derecha y pasé con ella un verano en el litoral central, después de lo de Algarrobo. Sólo así pudimos recuperar algo de nuestra consistencia generacional y participar, diversificada y responsablemente, creo, de lo que vino después. Algo que todavía está en la penumbra, pero que permanece ahí, como nuestro tren Marklin, que cada cierto rato suena en nuestros sueños de vigilia, como imágenes cinematográficas que nos recuerdan las viejas épicas de la sobrevivencia.